

lécticas mando-obediencia, público-privado y amigo-enemigo. Corolario de todo ello es que el medio de lo político no es el Derecho, tampoco la astucia, con la que se suele asociar a la tradición maquiaveliana, sino más bien la fuerza. Algo tendrá que ver esta opinión, seguramente, con la hostilidad que hasta la fecha le ha dispensado a Freund el pensamiento único predominante (neopacifismo, etc.), que al parecer “cree” sinceramente en la existencia de un resorte capaz de activar la bondad natural del ser humano, precondition de la eliminación de todo conflicto internacional y antesala de una sociedad universal perfecta, solidaria y meramente persuasiva o discursiva. Se ocupa el autor, por último, de la finalidad específica de lo político, el Bien común, conectando por esta vía con la tradición del realismo filosófico aristotélico-tomista. No es casual, en este sentido, que nos encontremos en Freund a uno de los escritores políticos católicos europeos más importantes de su generación.

Ángel P. Molina Saorín

MOLINOS TEJADA, María del Coro: *Concepto y práctica del Currículo en John Dewey*, Eunsa, Pamplona, 2002, 416 pp.

Hay un antiguo dicho que aconseja no leer los libros que no nos interesan. Y éste es un dicho que en la medida de lo posible es bueno seguir. Pues bien, el libro de María del Coro Molinos Tejada que recensiono me interesó, y mucho. Trata sobre lo que se enuncia en el título, lo cual ya es un mérito no menor. Como sostiene Jorge Luis Borges en *El jardín de senderos que se bifurcan*, siempre al que busca algo se le aparecen interesantes asuntos que de ser encarados lo alejarían de lo que quiere encontrar. En este caso, la autora ha tenido la virtud de atenerse a su tema. Y no ha de haber sido fácil, porque no solamente el pragmatismo sino el mismo Dewey son en sí mismos temas tan vastos que es preciso acotarlos para lograr un análisis profundo, y mucho más cuando se trata de una tesis doctoral, como es en este caso.

La obra está organizada en cuatro partes: La práctica del currículo (1896-1904); Principios básicos que fundamentan el currículo; Desarrollo de la fundamentación curricular (1904-1952); Implicaciones y conclusiones. La autora señala que el concepto de currículo es nuevo, y de hecho no se usaba en la época de Dewey, por lo que va entresacando elementos

de sus obras para establecer cuál es su concepción al respecto. De este análisis, muy bien hecho a mi juicio, obtiene como resultado que para Dewey el currículo más que un enunciado de contenidos, como se lo suele concebir, es más bien el método científico mismo aplicado a las diversas instancias de aprendizaje. Hay en Dewey una íntima correlación (a veces creo que hasta identificación) entre método científico, tecnología científica y conocimiento. Pero consideraba que la tecnología no podía ser neutra sino responsable (tesis de Larry A. Hickman, director del *Center for Dewey Studies* de la Universidad Carbondale, Illinois, en su libro *John Dewey's Pragmatic Technology*) lo que implica, me parece, direccionar el conocimiento por valores aceptados *antes* del proceso. Además, en los últimos trabajos del autor analizado, cuando éste acentúa el aspecto sociopolítico de la educación, se entiende que el currículo *tiene* un contenido, que es el que el liberalismo social (tal como lo entiende Dewey) exige de la educación. Por ejemplo, está claro que hacia 1930 Dewey se hubiese opuesto a una educación al servicio de un proyecto liberal capitalista. Esto se relaciona con su difundida concepción sobre los fines y objetivos de la educación. La cuestión no puede analizarse solamente con las páginas que le dedica en *Democracia y Educación*, donde niega que haya fines externos al proceso educativo, sino que debe confrontarse con toda su obra, aunque ésta es una —muy interesante— cuestión filosófica que excede el tema de la obra de la autora. No obstante, me permito observar que si bien “se hace camino al andar”, si uno no sabe adónde va cualquier camino da lo mismo. Y aquí camino significa método, y siempre el método sigue al objeto. Debe haber, en consecuencia, alguna teleología implícita en el pensamiento de Dewey. La autora precisa que “el profesor tiene que tener claro el fin social hacia el que quiere reconducir la experiencia del niño para hacerla progresar en la dirección señalada” (p. 99). Claro está que en la concepción de Dewey esto no impide que este fin, una vez alcanzado, se transforme en medio para alcanzar otros fines. Pero confieso que esto no me convence del todo. La autora enfáticamente niega que se pueda considerar a Dewey como un partidario de la ingeniería social. Sin embargo las coincidencias del pensamiento maduro de Dewey con esta postura es prácticamente irrefutable, aun cuando él mismo explícitamente quiera diferenciarse de la misma.

La autora acierta en atribuir toda la importancia que tiene en el pensamiento de Dewey el principio de circuito orgánico, que tiene su origen en el trabajo de éste *El concepto de arco reflejo en psicología* (1896),

republicado por él mismo como contenido de una obra mayor en 1938, lo que evidencia la continuidad de su validez para el autor. Con la idea de circuito orgánico como explicación de la conducta se manifiesta en Dewey el instrumentalismo naturalista de su pensamiento, sostiene la autora (p. 141), en un enfoque muy afín al del naturalismo evolucionista de Darwin (p. 143), del que procede, por otra parte, el principio de continuidad de la experiencia.

Como parece que desde Heidegger no podemos hablar más de ningún *fundamento*, y sin espacio aquí para argumentar en contrario, me limito a señalar que hubiese reforzado este trabajo una explicitación de la noción de verdad en Dewey, tal como la expone en *La reconstrucción de la filosofía* y en otros trabajos, porque me parece central en su pragmatismo. También hubiese sido interesante relacionar su concepción de currículo con concepciones tan diversas y sin embargo coincidentes en algunas cuestiones centrales (que denominaré genéricamente “naturalismo”) como las de B. F. Skinner, Bogdan Suchodolski o Lev S. Vygotski. Por ejemplo, coincide llamativamente Dewey con Suchodolski en que la acción social es la que proporciona el criterio último de la moralidad.

La autora sostiene con acierto que no se debe leer a Dewey con claves epistemológicas y metafísicas ajenas a su pensamiento. Alasdair MacIntyre se refiere a esto cuando plantea que cuando se analiza una postura rival hay que hacerlo en sus propios términos y no en los propios, buscando desarrollarlos hasta el extremo de poner en evidencia sus incoherencias o aceptar aquello que ha resistido nuestros argumentos más fuertes. Y en esto el modelo sigue siendo Santo Tomás, que comienza analizando siempre los argumentos más fuertes que se oponen a lo que quiere demostrar. Porque, como solía decir Tomás, la verdad (filosófica) está en lo que se dice y no en la autoridad de aquellos que lo dicen.

Juan Carlos Pablo Ballesteros

NAVAL, C. y LASPALAS, J. (Eds.): *La educación cívica hoy. Una aproximación interdisciplinar*, Eunsa, Pamplona, 2000, 340 pp.

---

Este libro es el resultado del trabajo en equipo de distintos profesionales sobre un tema de plena actualidad: la educación para la ciudadanía. Supone, como se señala en su jugosa introducción, la culminación de